



**Homilía en la Santa Misa en la Solemnidad de San Pedro de Osma,
patrono principal de la Diócesis
S. I. Catedral de El Burgo de Osma, 2 agosto 2022**

Querido hermano en el Episcopado D. Vicente, sacerdotes concelebrantes, miembros del Cabildo Catedral, monjes del Monasterio de santo Domingo de Silos, P. Abad de Santa María de Huerta, miembros de la vida consagrada, Sr. Alcalde y Corporación municipal, queridos fieles burgenses y quienes nos visitáis estos días.

Celebramos hoy la solemnidad de San Pedro de Osma, patrono de nuestra Diócesis, cuyo testimonio de fe sigue estando vivo para nosotros y sigue siendo una llamada para fortalecer nuestra experiencia cristiana como discípulos misioneros del Señor. Él encarna en su vida el Evangelio de tal forma que nos anima en el seguimiento de Cristo y en la puesta en práctica del modo de vida por el que mereció “la corona de gloria que no se marchita” (cfr. 1Pe 5, 4). De alguna manera, su trabajo evangelizador cuestiona hoy nuestra vida cristiana, especialmente en lo referido al testimonio de la fe. Es verdad que también él tenía dificultades para evangelizar. Sin embargo, con su trabajo incansable y su esperanza y confianza puestas en la fuerza del Evangelio, poco a poco el Señor fue bendiciendo con abundantes frutos la tarea que había puesto en sus manos.

Queridos hermanos, tenemos delante un gran desafío: trabajar en circunstancias complicadas para que el mensaje evangélico empape la vida de las personas y, como levadura que es, transforme la realidad que nos circunda. Como recuerda el Papa en la Exhortación *Evangelii Gaudium*, “también aparecen constantemente nuevas dificultades, la experiencia del fracaso, las pequeñeces humanas que tanto duelen. Todos sabemos por experiencia que a veces una tarea no brinda las satisfacciones que deseáramos, los frutos son reducidos y los cambios son lentos, y uno tiene la tentación de cansarse. Sin embargo, no es lo mismo cuando uno, por cansancio, baja momentáneamente los brazos que cuando los baja definitivamente dominado por un descontento crónico, por una acedia que le seca el alma” (277).

En este contexto, me gustaría referirme al Plan diocesano de pastoral “En comunión, para evangelizar desde la caridad” para el próximo cuatrienio 2022-2026. Plan que fue objeto de reflexión en la asamblea diocesana celebrada el pasado 4 de junio y cuyos principios inspiradores y claves para entender su contenido me gustaría desgranar muy brevemente.

En primer lugar, la pasión por Jesucristo y por construir el Reino de Dios. Nuestra Iglesia de Osma – Soria necesita de cristianos enamorados de Jesús capaces de contagiar esa fe y de dar la vida por el reino de Dios. Y esto no se hace con razonamientos calculadores de entrega sino con una entrega total. Vivimos con esperanza y alegres porque Jesús es el Buen Pastor que da la vida por nosotros sus ovejas. En segundo lugar, abrir nuevos horizontes de pastoral donde se prime el primer anuncio y el acompañamiento. Solo si ayudamos a las personas a hacerse preguntas sobre el sentido de la vida y de la existencia, podremos anclar la propuesta de Jesús de Nazaret. También necesitamos un cambio de estructuras eclesiales de evangelización que nos lleve a cuidar la participación y la corresponsabilidad. Para que todos asumamos en la Iglesia el papel evangelizador que nos corresponde como bautizados, cada uno según su propia vocación, es de gran importancia tener claro lo que significa la identidad cristiana. Es preciso descubrir qué significa el bautismo y la vocación a la santidad a la que todos estamos llamados. Solo así llegaremos a un compromiso apostólico de toda la comunidad. Y por último, todo hecho desde el amor a los más pequeños y descartados. Aunque vivimos en una Europa rica y opulenta, la pandemia de la Covid -19, la guerra entre Rusia y Ucrania, así como otras crisis están consiguiendo que aumente el número de familias que necesitan apoyos para llegar a fin de mes.

No quisiera terminar estas palabras sin referirme a tres sacerdotes que celebran su septuagésimo aniversario de ordenación y a los que quiero agradecer su ministerio en nombre de todos: D. Antonio Mínguez, D. Jacinto Ransanz y D. José Luis Salcedo. Aquí estáis después de todos estos años para dar gracias y para pedir gracia, diciendo después de tanto vivido lo que hemos recitado en el salmo: “Contad a todos los pueblos las maravillas del Señor”.

Dos de vosotros fuisteis ordenados en el año 1952 en el Congreso Eucarístico de Barcelona. La relación entre Eucaristía y sacerdocio ministerial es evidente. Así lo recordábamos en la Misa Crismal de este año: “Hoy celebramos la fiesta de nuestro sacerdocio. El inicio del sacerdocio ministerial tuvo lugar en aquella Cena que llamamos la Última pero que, en realidad, es la primera. Fue – y sigue siendo – la fuente de la que manaron los sacramentos de la Eucaristía y del Sacerdocio. Una fuente de amor infinito como lo fue el sacrificio de Jesús en la Cruz”.

¡Cuántas cosas han sucedido desde entonces, con cuántas habréis gozado y con cuántas habréis sufrido! Habrá habido muchos sueños cumplidos, pero también muchos sinsabores, pues la praxis pastoral es una mezcla de alegrías y desconsuelos. También compañeros que con vosotros se acercaron al altar y que por mil circunstancias lo dejaron. Y otros que fallecieron mientras hacían este mismo camino que vosotros habéis realizado.

Como escuchasteis el día de vuestra ordenación: Dios es fiel; sí, ese Dios que os ha llamado, que no ha retirado su llamada, que sigue siendo la misma, aunque por el inexorable sucederse de los días vosotros sí hayáis cambiado. Con vosotros tres y con todos los sacerdotes de la Diócesis, quiero dar gracias a Dios por estos años logrados y pedir su gracia para que continúe adelante esta historia que el Buen Pastor sigue escribiendo a diario con la pluma de vuestra fidelidad. ¡Qué Dios os siga bendiciendo!

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria

